

# NOEL TE BUSCA

ÀNGEL BURGAS

ALGAR  
JOVEN

3<sup>a</sup>  
EDICIÓ

## LA AMNESIA

Conocí a Unai el 16 de abril de 2009. Me desperté en una habitación blanca en la que no había estado nunca, con un dolor de cabeza terrible. No fui consciente de mi inmovilidad hasta unos minutos después, cuando volví los ojos y vi un vaso de agua encima de una mesa, junto a la cama. Tenía la boca seca. Sabiéndome agotado y somnoliento, luchando denodadamente para no cerrar los párpados, intenté acercar un brazo al vaso y descubrí que no podía moverlo. Mi cerebro dio la orden, pero mi brazo no le obedeció. Como si no tuviera reflejos; como si mi cuerpo, de cabeza para abajo, estuviera muerto.

Fue entonces cuando el rostro de Unai, el joven que se identificó después con ese nombre, se interpuso entre el vaso y mis ojos.

—¿Estás vivo? —preguntó, fascinado. Después se puso una mano en la boca—. ¿Estás completamente vivo?

Tragué saliva. Intenté abrir los labios y decir «sí», pero no pude. Cerré los ojos y, cuando los abrí de nuevo, el rostro del joven ya no estaba.

Me volvió a despertar la agitación que había cerca de mí. Cuando conseguí abrir los ojos, había un montón de gente alrededor de la cama. La mayoría eran mujeres, y todas llevaban una bata blanca. Movían el somier y trajinaban con aparatos que debían de estar al lado. Después vi a un hombre, que también llevaba bata blanca. Su cara se acercó mucho a la mía y noté cómo me abría bien el ojo con el pulgar y el índice de una mano, estirando el párpado en el aire. A continuación, me cegó una luz amarillenta. Ya no veía nada más que aquel destello que me iba directamente a la retina, pero continuaba oyendo el ruido de objetos, el roce de las batas y algunas frases pronunciadas sin levantar la voz, de las cuales solo podía retener palabras sueltas, como *doctor*, *suero* y *conciencia*. Enseguida experimenté un dolor en el brazo. Hacía rato que pensaba que el brazo estaba muerto, pero ahora descubría que no: tenía sensibilidad. El dolor lo causaba, sin duda, el pinchazo de una aguja.

Al despertarme por tercera vez, retuve fragmentos de un sueño. Estábamos en un barco. Estaban mis padres, mi hermana y un hombre con gorra de marinero. Soplaban un viento fuerte y mi padre nos recomendaba que nos agarráramos bien a las cuerdas. «No os soltéis». Miré las olas altísimas que se estrellaban contra el barco y que inundaban el interior de agua espumosa. No tenía sensación de peligro, sino de estar pasándomelo muy bien con las manos aferradas al cordaje. Después, alguien dijo que nos pusiéramos los flotadores. Mi

hermana me preguntó cuál era el suyo. Era y no era mi hermana, porque en realidad era una chica mucho mayor de lo que la recordaba. Llevaba una gorra con visera y gafas de sol. Le dije que cogiera el que quisiera, que debía de haber un montón de flotadores. «Mira», dijo la chica, enseñándome la camiseta empapada, «se me ha colado un pez». Y se subió la camiseta y, sí, junto al ombligo le flotaba un pequeño pez rojo.

Aunque eso de las fechas exactas lo supe después, el 17 de abril de 2009 fue el día en que recobré plenamente la conciencia. Había dos enfermeras junto a mi cama. Las dos lucían una sonrisa espectacular.

–Buenos días, Enrique –me dijo una de ellas.

Su compañera me puso un termómetro en la axila. Cuando se inclinó sobre mí, leí su nombre en una cartulina que le colgaba del cuello de la bata. «Montse».

–¿Cómo te encuentras? –me preguntó la que me había dado los buenos días.

–¿Dónde estoy?

–En el hospital. Montse y yo, Silvia, somos tus enfermeras. Si notas un dolor fuerte en las piernas, tienes que decírnoslo enseguida. Te daremos un calmante.

Intenté moverlas y, sí, el dolor que sentí era muy fuerte.

–Me duelen las piernas –confirmé.

–¿Te duelen siempre o solo cuando intentas moverlas?

–Ahora he intentado moverlas.

—No lo hagas. Si te duelen sin moverlas, dínoslo enseguida.

—¿Me he hecho daño en las piernas?

—Bastante daño —me dijo Montse mientras me quitaba el termómetro. Después se dirigió a su compañera—. No tiene fiebre, está con treinta y siete.

Su compañera apuntó algo en una especie de cuaderno que sacó de un bolsillo de la bata.

—¿Qué ha pasado? ¿He tenido un accidente?

—Sí. Un buen accidente. ¿Recuerdas algo?

—No.

—¿No te acuerdas de lo que pasó?

—No.

Intenté hacer memoria, pero un completo vacío inundaba mi cabeza. Me asusté, porque era una sensación muy extraña: reaccionaba al nombre de Enrique, y sabía lo que era un hospital y una enfermera y un termómetro, pero era incapaz de recordar nada. Como si todas las piezas de los recuerdos se hubieran mezclado y solo distinguiera, vagamente, un amasijo de hechos, y nombres, y rostros, dispuestos ahora sin orden ni concierto.

—Me duele la cabeza —dije.

—No te fuerces. No pienses en nada. Intenta, eso sí, recordar que somos Montse y Silvia, tus enfermeras, y que si te duelen las piernas tienes que decírnoslo enseguida. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Una de ellas, Silvia, me puso una mano en la nuca y me levantó ligeramente la cabeza. De pronto tenía un vaso al alcance de los labios.

–Intenta dar un sorbo. Es agua.

Bebí dos o tres sorbos. Después, la mujer, sin soltarme la cabeza, volvió a dejármela apoyada sobre la almohada.

–Tengo sueño.

–Pues duerme.

Cuando volví a abrir los ojos, había dos médicos en la habitación. Uno de ellos era el que me había cegado la retina con una linterna del tamaño de un lápiz el día anterior. Me dijeron «buenas tardes, Enrique» y, a continuación, acercaron dos sillas a la cama y se sentaron, uno junto al otro. Me resumieron la situación: había sufrido un grave accidente de coche, y a ellos les correspondía valorar si había daños neuronales, ya que me había dado un fuerte golpe en la cabeza y me habían hecho una pequeña operación. Físicamente, me anunciaron, había otro problema grave: mis piernas. Los cirujanos del hospital habían hecho una difícil intervención, que duró seis horas, para salvármelas. Parecía que lo habían conseguido. «Otra cosa, más lenta de determinar y, de momento, aún poco fiable, es si podrás recuperar la movilidad. Todos esperamos que sí, pero es demasiado pronto para asegurarlo al cien por cien. Llevas unos cuantos tornillos en las piernas. Pareces un robot, de cintura para abajo», bromeó uno de ellos.

Enseguida empezaron a hacerme preguntas. Me imagino que querían hacerse una idea de cómo estaban mis facultades mentales. Insistieron en que respondiera

exclusivamente a las preguntas concretas; que no intentara hacer deducciones o buscar entre mis recuerdos cosas que no me preguntaban. Pude decirles mi nombre sin problemas. Dónde vivía, y con quién, y qué hacía en la vida, todo eso fui incapaz de contestarlo. Pero tampoco pude decirles nada del accidente, ni de las circunstancias en las que se había producido.

—Es relativamente normal que, en un estado de shock como el que padeces, te cueste recordar las cosas más inmediatas. Y más, considerando que te has golpeado el occipital y hemos tenido que revolver por ahí dentro. Dices que no recuerdas ni dónde ni cómo pasó el accidente. Pues bien, eso no tiene que preocuparnos en absoluto. El cerebro es sabio y, de alguna manera, intenta protegerte contra las experiencias traumáticas recientes.

—¿Te acuerdas de Unai? —me preguntó su compañero.

—¿Quién es Unai?

Uno de los médicos se levantó y salió de la habitación. Durante el minuto que pasó fuera, el otro parecía concentrado en la hoja que leía y no me dirigió la palabra. El médico volvió a entrar, acompañado de un chico más o menos de mi edad. Enseguida lo reconocí: era el chico que vi el día que me desperté por primera vez en esa habitación.

—Hola, Enrique —me saludó, esbozando una sonrisa.

No le contesté. A aquel chico no lo había visto nunca. No recordaba sus rasgos ni lo situaba entre las piezas que se enredaban en mi caótica memoria.

—¿No lo reconoces, Enrique? —me preguntó uno de los médicos.

Negué con la cabeza.

Cuando le pidieron a Unai que saliera de la habitación, los médicos que me entrevistaban hicieron entrar a otro hombre. Iba vestido de calle y no llevaba bata blanca. Sin embargo, me lo presentaron como el doctor Moreno.

—Es psicólogo, y te ayudará a recomponer la memoria reciente, que es la que se niega a hacer acto de presencia a raíz del accidente y provoca también que no recuerdes nada de tu pasado. Insisto —me explicaba uno de los médicos—, no tenemos que preocuparnos. Todo necesita su tiempo, y por eso el doctor Moreno está aquí con nosotros, para acelerar el proceso tanto como sea posible —hizo una pausa, durante la cual observó a sus compañeros con una significativa complicidad—. También te ayudará a digerir lo que tenemos que decirte.

—¿A qué se refiere?

—No recuerdas nada del accidente... —calló un momento—, pero debes saber que tuvo fatales consecuencias.

Yo, con una almohada bajo la cabeza, los observaba con expectación. Ellos también me miraban, con una expresión neutra y sin abrir la boca. Finalmente, habló el doctor Moreno.

—Dentro del coche ibais cuatro personas. Solo tú has sobrevivido. Los otros tres han muerto.



Me quedé helado. Ni siquiera recordaba que había tenido un accidente de coche. ¿Cómo era posible que mi memoria ni siquiera hubiera registrado aquello? Cerré los ojos, esforzándome por recordar algo, por insignificante que fuera, sobre lo que me anunciaban. ¿Un coche? ¿Qué coche? ¿De quién era? ¿Dónde ocurrió? ¿Con quién iba yo en el coche? ¿Adónde íbamos? Me dolía mucho la cabeza cuando intentaba encontrar respuesta a todas esas preguntas.

—No recuerdo nada —admití—. Es como si se me hubiera borrado.

—A eso lo llamamos estado de shock —dictaminó el doctor Moreno—. Poco a poco, todo te irá volviendo a la memoria.

—¿Quién iba conmigo en el coche?

—Eran tres personas. Los cuatro ibais indocumentados. Sus cuerpos están en el depósito de cadáveres esperando que alguien los reclame o que la policía pueda finalmente identificarlos. Por ahora, solo tenemos el testimonio de Unai, que, de hecho, tampoco los conocía...

—¿Quién es Unai?

—Según él, compartíais piso. Te alquiló una habitación hace un par de meses, cuando llegaste a la ciudad.

—¿No soy de aquí? —De repente descubrí que no sabía ni en qué ciudad me encontraba—. ¿Dónde estamos, exactamente?

—Esto es Barcelona. Estás ingresado en el Hospital Clínico de Barcelona.

—Y ¿de dónde soy?

–No lo sabemos. Unai tampoco lo sabe. Se ve que no quisiste decírselo. –El doctor hizo una pausa antes de continuar–. Unai asegura que eres una persona muy misteriosa; que, prácticamente, no has querido contarle nada de tu vida.

–¿Cómo ha sabido ese chico que yo estaba aquí y que había tenido un accidente?

–Estuvo tres días sin tener noticias tuyas. No lo sé, pero me parece que hizo lo que haría cualquier compañero de piso mínimamente preocupado por un amigo misterioso: llamó a la policía, y después a todos los hospitales. Aquí se le informó del accidente, y de que teníamos en la UCI a un herido inconsciente. Vino y te reconoció. Sabemos que te llamas Enrique porque nos lo ha dicho él. Si no, no sabríamos ni tu nombre.

Me vencía el sueño. Cerré los ojos y fui incapaz de volver a abrirlos.

Volvía a tener a los tres médicos alrededor de la cama. No podría decir si habían pasado unos minutos, unas horas o todo un día. Me encontraba agotado. La enfermera Montse me hizo beber un vaso de agua y me dio un yogur a cucharadas. Tragar me provocaba un dolor terrible, tanto en el paladar como en la garganta.

Cuando ella salió de la habitación, los médicos continuaron con las preguntas.

–Hace unos días, después de despertarme, recordé un fragmento de un sueño: estaban mi padre, mi madre y mi hermana. También había una especie de capitán

o marinero. Estábamos en un barco; no sé si era un velero o un barco más grande. Había marejada y las olas se estrellaban contra el casco de la embarcación. Mi hermana tenía un pez en el ombligo. Un pez rojo. No recuerdo nada más.

—¿Vivías en un sitio de mar?

—No lo sé.

—¿Recuerdas a alguna otra persona? Un amigo, un profesor, un vecino...

—No recuerdo absolutamente nada. Estoy realmente confuso, se lo digo de verdad. Tendrán que fiarse de lo que les diga el chico, mi compañero de piso.

—Nosotros sabemos algo que él no sabía —dijo el doctor Moreno—. Lo descubrimos en el quirófano. Te has hecho varias operaciones de cirugía en la cara, Enrique. No una, sino unas cuantas. Y el caso es que solo tienes veintipocos años.

—¿Operaciones de cirugía?

Intenté ponerme las manos en la cara, pero no podía ni levantar el brazo.

—Hemos contado tres. Tres operaciones que, según los cirujanos especialistas que te examinaron, no tenían razón de ser. Quiero decir que no fueron intervenciones para curarte ningún problema ni ninguna anomalía, sino, al parecer, puramente por estética.

Los escuché sin saber qué decir.

—Por eso —continuó su compañero—, hemos pensado que tal vez seas actor, modelo publicitario o modelo de pasarela. Algún trabajo para el que necesitaras retocarte el rostro. Pese a que, según nuestra opinión,

tienes una edad en la que aún no son necesarios los retoques...

—¿Qué intervenciones me han hecho?

—Te has operado la nariz, los pómulos y la mandíbula. Lo ha hecho un buen profesional. Las cicatrices son prácticamente indistinguibles.

—Tienes que haberte gastado un montón de dinero, chico.

—Y ¿el resto del cuerpo?

—No. Ni una. Todo natural.

—Según los especialistas, no padecías ninguna malformación congénita, ni podías haber tenido nunca problemas de respiración. Todo eso les pareció muy extraño. Y a nosotros también nos lo parece.

—¿Puedo mirarme al espejo, por favor?

Uno de ellos salió de la habitación y volvió con un espejo bastante grande.

—Lo he sacado de la sala en la que se cambian las enfermeras.

Me lo puso delante de las narices. Me vi por primera vez reflejado en su superficie. Llevaba una venda alrededor de la cabeza.

—Te hiciste un agujero considerable en el occipital. También tuvimos que coserte un corte de unos cuatro centímetros por encima de la ceja izquierda. Tuviste que darte un golpe contra el cristal del coche. No llevabas el cinturón de seguridad.

—¿Conducía yo?

—No. Tú ibas en el asiento de atrás. El piloto y el copiloto murieron en el acto.

Tenía los ojos un poco hinchados, especialmente el izquierdo, con un cardenal enorme, como si me hubieran dado una paliza. Tenía también el labio partido y una pequeña cicatriz en la barbilla. La verdad es que estaba hecho un mapa. El yodo o alguna otra sustancia cicatrizante me había teñido la mayor parte de la cara de un tono entre amarillento y rojizo.

Pese a la aparatosidad de las heridas, identifiqué mis facciones sin problemas. Sí, era yo. Al menos, la imagen de mí que recordaba.

Les agradecí que me hubiesen traído el espejo y alegué un cansancio terrible. Antes de dormir, sin embargo, les pregunté si podía hablar con Unai.

—Mañana dejaremos que habléis —dijo el doctor Moreno.